

*Sa. Eulalia Virgen y Mártir.**S. Bouno Mártir.**Sa. Catalina de Ricci V^{ra}.**S. Valentin Presbítero V^o.*

FEBRERO—DIA DOCE.

Santa Eulalia, virgen y mártir.

Aux cuando á fines del siglo III se hallaba la ciudad de Barcelona oscurecida con las tinieblas del paganismo, tuvo Eulalia la felicidad de nacer de padres cristianos que cuidaron de educarla segun las máximas del Evangelio y de formar su corazon para la virtud. No solo la instruyeron en los deberes de su sexo y de una sana moral, sino que ilustraron su entendimiento con el estudio de las sagradas letras, á lo que el cielo añadió una elocuencia suave y una belleza seductora. Era la admiracion de cuantos la veian y trataban; los gentiles respetaban sus virtudes y muchos de ellos abrazaban el cristianismo: los fieles tenian en ella un objeto edificante que enardecia su fervor, y que por sus sabios consejos los precavia de las supersticiones del paganismo: siendo de edad de catorce años, era madre espiritual de muchas almas. Vivía nuestra Santa retirada con sus padres en una casa de campo en Barcelona. Sus únicas ocupaciones eran la oracion, la lectura de los libros sagrados, y la enseñanza de las máximas evangélicas con que instruía algunas doncellas cristianas que tenia en su compañía. Había consagrado su virginidad al Celestial Esposo y ni aun los quehaceres domésticos la apartaban jamas de su presencia. La memoria reciente de tantos mártires la excitaban con viveza á derramar su sangre por Jesucristo, exhortando á sus discípulas á que permaneciesen firmes en la fé. Con esta vida angelical no solo tenia el esfuerzo suficiente para sostener la causa de la religion, sino tambien para vindicarla de los ataques de la idolatría, como lo manifestó en la persecucion que suscitaron los emperadores Diocleciano y Maximiano.

En el año de 304 fué comisionado el cruel Daciano para restablecer en España el culto de los ídolos, y mientras todos se conmovian por las escenas sangrientas que presagiaba la entrada del ministro en esta region, nuestra Santa llena de regocijo tributaba alabanzas al Señor, porque previó que muy pronto se cumplirían sus deseos. Sin dar parte, logró para conseguir su intento, escaparse de su casa luego que tuvo noticia de que en Barcelona se habia publicado el edicto imperial para que todos sacrificasen á los dioses. Salió Eulalia de noche y caminó con animosidad á pié hasta llegar á Barcelo-

na á la hora en que el pregonero llamaba al pueblo á sacrificar á los dioses. La predicadora evangélica que habia salido para vindicar el honor del verdadero Dios, entró al tribunal sin ser llamada, y con el fervoroso zelo de que se sentia abrasada, habló en los términos mas enérgicos á favor de la religion.

Después de haber tenido crueles debates, enfurecido Daciano por su resistencia, mandó que la azotasen cruelmente, tormento que sufrió la Santa con indecible gozo y llena de una santa alegría.

Viéndose el juez despreciado resolvió variar de tormentos, y al efecto mandó traer el ocúllo, y colgada en él la tierna doncella dispuso que la desgarrasen con garfios de hierro hasta que descubriesen las entrañas. Eulalia sufrió con tranquilidad este nuevo tormento, pidiendo á Dios que la confortase para que no triunfase aquel ministro de tinieblas.

Confianto este en su poder, le propuso de nuevo que sacrificase á los ídolos y viviria: pero fué tan decisiva su respuesta, que al punto mandó Daciano que la fijasen en una cruz y aplicasen á sus costados hachas encendidas. En tanto que padecia este último suplicio entonó unos versículos del salmo cincuenta y tres, y torciéndose las llamas se volvieron contra los verdigos. La Santa prosiguió su oracion en estos términos: "Confirmad, Señor, en mí vuestra misericordia; haced alguna demostracion con que vuestros fieles os glorifiquen, y mandad que mi alma sea recibida en vuestra casa." Las llamas se extinguieron y la bienaventurada Eulalia partió á recibir la corona de las vírgenes y la palma gloriosa de los mártires.

La Epistola es del capítulo LI del libro de la Sabiduría (pág. 130).

Yo te glorificaré, ó Señor y Rey &c.

El Evangelio es del capítulo XXV de San Mateo (pág. 131).

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos esta parábola: Será semejante el reino de los cielos &c.

MEDITACION.

Sobre el aborrecimiento del mundo.

Considera que debemos despreciar al mundo, debemos aborrecerle, debemos huirle en todos tiempos; pero en especial cuando se de-

clara enemigo de Jesucristo. Debemos despreciar al mundo, porque siempre engaña; pues promete mucho y no cumple su promesa: sus deleites no son verdaderos, ni permanentes, ni puros; ni pueden contentar al corazon; y que se nos van de delante cuando queremos disfrutarlos. Debemos aborrecer al mundo porque es enemigo de Jesucristo; esclavo y partidario del demonio; tirano de la virtud, señor, padre y protector de todos los vicios. El que ama al mundo, cree en las máximas del mundo; que por cierto no le amaria si creyese en las del Evangelio, que le es contrario; y así, aunque cristiano de nombre, es un infiel de corazon; y en el hecho de ser amigo del mundo se declara enemigo de Dios. ¡Qué desgracia!

Considera que es necesario huir del mundo con el espíritu, con el corazon, y en lo posible con el cuerpo; porque su compañía es peligrosa; sus máximas detestables; sus costumbres perniciosas; sus ejemplos escandalosos; su comunicacion contagiosa; y sus partidarios soberbios, avaros, sensuales, traidores, pérfidos y enemigos de Dios. El mundo está ya juzgado; está ya condenado; preciso es, pues, apartarse de su compañía y no amarle bajo ningun pretexto. ¡Ah! Que vale mas ser aborrecido de los malos que amado; porque dice nuestro divino Salvador: "Si eres del mundo, morirás en tu pecado." Así es que el amor del mundo nos es sumamente pernicioso, pues hace que séamos envueltos en su perdicion. Por eso el Profeta deseaba mas bien ser el mas pequeño y humilde en la casa de Dios que habitar con satisfaccion en las magníficas tiendas de los pecadores. ¡Oh, séamos penetrados de este mismo espíritu para detestar al mundo, y no anhelar sino por la amistad y la gracia de nuestro Dios!

PETICION Y PROPOSITOS.

Tú, ó Señor Jesus, que al encomendar á tu divino Padre los discípulos que te dió, le alegaste que no eran del mundo ni le amaban, concédeme que logre yo esta segregacion del mismo mundo y este odio santo con que lo aborrecen los tuyos, para que así tambien obtenga de tu bondad una recomendacion semejante, por la que, reconocido por tí como discípulo de tu escuela, logre la acogida saludable de tu Padre celestial que contigo y el Espíritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos.

JACULATORIA.

El que es del mundo muere en su pecado. ¡Librame de él, oh Señor!

LECCION.

Sobre el nacimiento de Cristo Señor nuestro.

La segunda parte del tercer artículo del Credo ó símbolo de los apóstoles, confiesa que el Hijo de Dios vivo, que de toda eternidad ha engendrado el Padre celestial, se dignó nacer en tiempo de la Virgen Santa María. Por este artículo pues tenemos como dogma de fé innegable é intergiversable, que así como fué verdaderamente concebido en el vientre de la Virgen y de su misma sustancia, así despues del tiempo, esto es, cumplido el periodo de que la naturaleza ha señalado al concebido en el claustro materno, lo dió á luz aunque de un modo que salvando la esencia de un verdadero parto, careció de todo lo que pudiera ser indecoroso al Dios Hombre Niño. Nació pues de ella; pero nació sin lesion del claustro virginal de su Madre: nació de ella; pero sin ocasionarle dolores ni fatigas: nació de ella; pero sin que á su parto se siguieran los resultados naturales.

¿Mas qué decimos sin dolor ni molestia? Antes por el extremo contrario, y entendiendo en sentido propio y natural á Isaias, debemos contemplar á la purísima doncella y verdadera Madre en el transporte mas vivo y sublime, en la hora del parto. *Producirale, dice aquel Profeta, y se llenará de gozo y placer, y alegre sobre manera, alabará al Señor.* Ni era justo que la que habia concebido por una operacion toda divina, y santa tuviera sobre sí la maldicion de Eva. Debía ser exemptada de esta pena, la que dando á luz al Redentor del humano linage, tenia cierta parte en su reparacion. Eva inficionándolo le atrajo la maldicion; pero esta no debia comprehendér á aquella, que aunque verdadera Hija de su descendencia, era en cierto modo cooperadora á su purificacion y bendicion.

Así como confesamos á Cristo dos generaciones, una eterna del seno de su Padre, otra temporal del seno de María, así por rigorosa consecuencia debemos confesarle dos filiaciones, una eterna, en cuanto engendrado por el Padre es un verdadero, propio y natural Hijo; otra temporal, en cuanto concebido en humana naturaleza de la Virgen y nacido de ella, es un verdadero, propio y natural Hijo. Porque, como hemos visto en las lecciones anteriores, aunque María no fuese causa física de la Encarnacion, prestó de su propia sustancia la materia para el cuerpo de Cristo; el cuerpo no se concibió sin el Verbo, pues entonces se le unió cuando se concebía. Es por

tanto verdadera Madre de Dios, como lo tienen decidido de fé los concilios de Efeso y de Calcedonia.

Así cumplió el Señor las solemnes promesas que tan generosa y magnificamente habia hecho á sus fieles siervos Abraham y David. Él recompensa su fidelidad prometiéndoseles verdadero Hijo de María.

La descendencia de esta Virgen Santa de la tribu y familia de David, está comprobada con la de su verdadero esposo San José, cuya genealogía se teje en el Evangelio por San Mateo y San Lucas. El primero la trae desde Abraham hasta José, contando en los progenitores á Abraham y á David, y trayéndola despues por Salomon hasta José: el segundo sube con ella desde José hasta Adan, contando asimismo á Abraham y á David á quien la hace llegar por Natan. Siendo, pues, José descendiente de David de su misma tribu y familia, lo era su esposa María; porque estando prohibido por la ley dada por Moises de orden del Señor, como se ve en el sagrado Libro de los Números, que las hijas que fuesen herederas de su padre por no tener hermanos, casasen con varones de otra tribu, sino que habian de ser precisamente de su misma tribu para que en ella quedase la herencia; hallándose María en este caso, y siendo observantísima de la ley, debió contraer el matrimonio con varon de su tribu, y habiéndolo contraido con José, de la tribu y familia de David, no cabe la menor duda en que de la misma era su esposa María, y por consiguiente de ella tambien Cristo, verdadero Hijo de María; cumpliéndose así lo que estaba escrito por Isaias y David, á saber, que Cristo segun la carne, seria oriundo de la tribu de Judá, que era á la que pertenecía David y de la familia de éste, como con términos expresísimos lo testifica tambien el Apóstol San Pablo.

¿Pero qué mas prueba queremos que la que nos suministra el mismo hecho constante en el Evangelio de subir María con José de Nazaret á Belen ciudad de Judá, para registrarse en ella en virtud del edicto de César Augusto! Fueron á asentarse en los registros ó padrones de Belen por cuanto eran de la casa y familia de David, dice el Evangelista, cuya expresion no se debe limitar ó contraer solamente á José sino tambien á María, pues dice que fué á inscribirse ó registrarse con María, su muger. Y una de las razones de congruencia que asignan los teólogos para haber querido el Salvador nacer en Belen, es la de haber querido con esto mostrar que era de su descendencia, y que estaba cumplida la promesa que

le habia hecho, pues nacia, y nacia en la ciudad en que el mismo David habia nacido.

Ella, sin embargo de estar ya ennoblecida por el nacimiento de aquel grande amigo de Dios y gran rey de Judá y de Israel, y de haber de serlo en sumo grado por el del Hombre Dios, era en su poblacion corta y en su comercio miserable. ¡Ah! que esto nada importa delante de Dios! Dios sabe ennoblecerla y hacerla tan magnífica que no haya quien iguale su esplendor y su gloria. Muchos siglos ántes se la anuncia el Señor por su Profeta Miqueas, segun que lo refiere San Mateo: *De ninguna manera, le dice, de ninguna manera, ¡ó Belen! eres tú pequeña entre las principales de Israel, porque de tí saldrá el caudillo que regirá mi pueblo.* Este, pues, que viene á ennoblecer y no á recibir nobleza, quiere todavia ménos que una poblacion corta y sin fama: él nace en Belen, pero no en su centro sino en un suburbio; no en una de sus casas, sino en una cueva conjunta á una posada y destinada á los animales, esto es, en un establo. En él quiere nacer para manifestar desde luego al mundo que su grandeza y esplendor lo trae consigo mismo, y que ni toma ni necesita tomar el de la tierra; y hacerle entender por otra parte, cómo se han de despreciar las honras, las riquezas y comodidades terrenas, cuyo menosprecio viene á enseñar con sus palabras y ejemplos, no como algunos filósofos que lo hicieron llevados de una soberbia refinada, sino para enseñarnos la prudencia del Espíritu que da su debido lugar á los bienes celestiales sobre los terrenos, y nos conduce á la adquisicion de aquellos por la carencia de estos.

Por esto dispone que su Madre Santísima no halle alojamiento en la posada ni se le proporcione mas lecho, mas cama para reclinario que el pesebre. *Lo envolvió en pañales, dice el Evangelista, y lo reclinó en el pesebre, porque no habia lugar para ellos en la posada.* En este pesebre quiere recibir las señales de reverencia y adoracion con que un buey y un asno muestra reconocer en él á su Crindor, para confusion y vergüenza del pueblo judío, y de todos los que aun hoy se le semejan. Tal es el concepto de la profecía de Isaias que en el capítulo primero escribe: *Conoció el buey á su poseedor y el asno el pesebre de su Señor; pero Israel no me conoció, y mi pueblo no me entendió.* Mas todo esto se verificó para probar con el evento de las criaturas aun las mas pequeñas que anunciaron los Profetas, el efecto de la venida del Mesias, en quien se

cumplen y verifican todas las particularidades que como señales habian descrito muchos siglos ántes aquellos sus enviados, á quienes las reveló con este objeto.

Con el mismo asignan la hora de su nacimiento, segun que entienden muchos Santos Padres aquel texto de la Sabiduría al capítulo XVIII: *Cuando un quieto silencio ocupaba ó tenia en suspenso todas las cosas y la noche en su curso habia hecho la mitad de su camino, tu Omnipotente Verbo cual campeon esforzado saltó de su real silla á la tierra de exterminio.* Así se cumple, como se ve con claridad en la narracion que San Lúcas hace del nacimiento, el cual inmediatamente refiere el anuncio que el ángel hizo á los pastores de aquella region, de los que dicen que estaban en *vela guardando las vigiliás de la noche sobre su ganado.* Por todo lo cual, es práctica antiquísima de la Iglesia celebrar en la media noche del 24 al 25 de Diciembre la Natividad del Señor, como acaecida á esa hora; y en cuanto al mes y día, lo observa así la constante tradicion de la Iglesia tanto griega como latina. He aquí lo que nos permiten los estrechos límites de nuestra leccion decir acerca del nacimiento de Cristo Señor nuestro, que sucedió, segun la comun sentencia, hácia el fin del año cuatro mil de la creacion del mundo, en el cuadragésimo primero del imperio de Augusto César. Veneremos nosotros este sagrado misterio con el castísimo Patriarca José, esposo verdadero de la Inmaculada Virgen.

—♦♦♦♦♦—
DIA TRECE.

San Benigno, presbítero y mártir, y Santa Catalina de Ricci, vírgen.

SAN BENIGNO, MARTIR.

SAN Benigno nació en la ciudad de Todi, en la Umbria, y desde sus primeros años fué educado en la religion cristiana, en cuyo conocimiento y práctica aprovechó tanto, que mereció ser le confiesen los sagrados órdenes, y finalmente el del presbiterado. Ejerció nuestro Santo este órden sacro, con grande aprovechamiento suyo y utilidad de la Iglesia, á tiempo que los emperadores Diocleciano y Maximiano excitaban una cruel persecucion contra los cristianos.

El terror de esta persecucion se extendia por todas partes, y los desiertos y las cavernas eran el asilo de los fieles, que entretanto llegaba su hora para dar con su sangre un testimonio mas de la divinidad de nuestra religion, huian el peligro conforme á la doctrina y al ejemplo de su Divino Maestro Jesucristo; pero Benigno, inspirado del Espiritu Santo, para salir al frente en este glorioso combate, é inflamado en el zelo de la religion y del provecho de las almas, nada temia, y su constancia y valor llegaron á tal grado, que abiertamente manifestaba en todas sus acciones ser cristiano, y no cesaba de promulgar con la predicacion de la divina palabra la religion del Crucificado. Tal conducta no era en lo natural para permanecer mucho tiempo sin atraer sobre sí el furor de los tiranos; así es que fué preso por los idólatras, y presentado ante el juez, confesó la fé con tal resolucion, que irritado éste, le hizo padecer atroces suplicios en que terminó su gloriosa carrera, ciñéndose la corona del martirio. Su santo cuerpo fué sepultado en un lugar en que despues se edificó en su honor una basílica con monasterio de vírgenes religiosas. Arruinado este con el tiempo, fueron trasladadas las reliquias de nuestro Santo á una iglesia de monjes de San Benito. Succedió en esta que cierto monge, llevado de una devocion indiscreta, quiso robar la cabeza de San Benigno: entró en efecto al templo, abrió la caja en que se guardaba, y tomó en las manos la sagrada cabeza; mas queriendo salir con ella, no pudo conseguirlo, pues de tal modo se le ocultó la puerta por disposicion divina, que aunque dió muchas vueltas á la iglesia, nunca halló la salida. Por lo cual, desistiendo de su empresa, volvió á meterla en su relicario, y publicó esta maravilla para gloria de Dios y honor de nuestro Santo.

Santa Catalina de Ricci.

SANTA Catalina, hija de Pedro de Ricci y de Catalina de Bonza, casó muy ilustres de la Toscana, nació en Florencia el año de 1522. En su edad tierna quedó huérfana de madre; mas se encargó de su educacion su madrina, dama de gran virtud y prudencia, hasta la edad de siete años que la puso su padre en el convento de Monticelli, de que era religiosa Luisa de Ricci, tia de la Santa. Aquí fué donde esta niña, separada de los riesgos del mundo y rodeada de los mas edificantes ejemplos de virtud, se dedicó al servicio de Dios, y abandonando los falsos placeres mundanos, entregó

su corazón á los verdaderos y únicos bienes, que hacen felices en esta vida y bienaventurados en la otra.

Los frutos de esta clase de educacion, sensibles por lo comun en cualquiera que sea el estado que abraze la persona que la recibe, fueron tan marcados en nuestra Santa, que habiéndola sacado su padre del monasterio y llevádola á su casa, en nada se entibió su deseo de asegurar su salvacion con el retiro, la oracion y la práctica de las virtudes que habia aprendido entre las religiosas; mas conociendo la llamaba Dios á la perfeccion, resolvió volverse al claustro, y aunque con bastante repugnancia de su padre, tomó el hábito en el convento de Domnicas de Prat en Toscana, el año de 1535, á los catorce años de su edad, dejando en su profesion hasta su antiguo nombre de Alejandrina que habia recibido en el bautismo, sustituyéndole el nuevo de Catalina.

Destinada nuestra vírgen para esposa del Crucificado, debia gustar las delicias de la cruz y conocer los tesoros encerrados en este árbol, tan amargo á los sensuales como gustoso á las almas puras que quieren conformar su vida á la del Hombre Dios. El Señor, para probar su fortaleza y resignacion, la visitó con una dolorosa enfermedad por el espacio de dos años, la que sufrió Catalina con tanta alegría á pesar de los crueles dolores con que era atormentada y de los molestos síntomas que producía la complicacion de sus males, que sirvió de objeto de edificacion á toda su comunidad su paciencia, y la memoria constante que hacia en sus padecimientos de los que atormentaron al Salvador en toda su dolorosísima pasion.

Curada milagrosamente Catalina de esta enfermedad, no por eso se apartó del camino seguro de la cruz en que tanto hubiera medrado su fervoroso espíritu: abrazó con las mayores veras todos los ejercicios de la penitencia, atormentando su cuerpo con crueles disciplinas, frecuentes ayunos á pan y agua, y aun sin tomar alimento en todo el día, el uso de una cadena que le impedia la libertad de sus movimientos, y otras austeridades admirables en una tierna vírgen y en una alma tan pura que no habia perdido la gracia bautismal. Acompañaba estas mortificaciones interiores con las mas sublimes virtudes internas, como la humildad, la obediencia, la union íntima con Dios, la confianza en él y la perpétua vigilancia sobre todos sus sentidos y afecciones del alma.

Tantas y tan ejemplares virtudes le elevaron bien presto á los primeros cargos del monasterio: siendo todavía jóven fué sucesiva-

mente maestra de novicias, sub-priora, y á la edad de veinticinco años, priora perpetua de su comunidad. Su mérito se hizo público á todo el mundo: los obispos, los príncipes, los cardenales y otros varones piadosos, tenían el mayor placer en hablar con ella: los Emmos Cervini, Alejandro de Médicis y Aldrobandini, que después ocuparon bajo diversos nombres la silla de San Pedro, tuvieron un elevado concepto de su santidad; pero lo que es mas portentoso, es haberse aparecido, estando viva, en Roma al ilustre San Felipe Neri, que deseaba vivamente conocerla. Fué igualmente favorecida nuestra Santa del cielo con éxtasis frecuentes, principalmente cuando meditaba sobre la pasion, que era todos los juéves en la noche y duraba hasta los viérnes en la tarde.

Quiso Dios premiarle todos sus sacrificios, penitencias y austeridades, y recibir en su seno á quien tanto habia padecido en esta vida, y murió en 2 de Febrero de 1589, á los sesenta y siete años de su edad. En el de 1732 fué beatificada por Clemente XII, y canonizada solemnemente por Benedicto XIV en el de 1746, señalando el dia 13 de este mes para su festividad.

La Epistola es del capítulo VII de la primera del apóstol San Pablo á los corintios.

Hermanos: En órden á las vírgenes yo no tengo precepto del Señor; doy sí consejo, como quien ha conseguido del Señor la misericordia de ser fiel. Juzgo, pues, que este estado es ventajoso á causa de las miserias de la vida presente, que es ventajoso al hombre el no casarse. ¿Estás ligado á una muger? No pretendas soltura. ¿Estás sin tener muger? No busques esposa. Si te casares, no por eso pecaste. Y si una doncella se casa, tampoco peca; pero estos sufrirán en su carne aficciones y trabajos. Mas yo no hablo de vosotros. Lo que yo digo, hermanos, es que el tiempo es corto; y que así lo que importa es que los que tienen muger vivan como si no la tuviesen; y los que lloran, como si no llorasen; y los que huelen, como si no oliesen; y los que hacen compras, como si nada poseyesen; y los que gozan del mundo, como si no gozasen de él, porque la escena de este mundo pasa. Ahora bien; yo deseo que vivais sin cuidados ni inquietudes. El que no tiene muger, anda solícito de las cosas del Señor, y en lo que ha de hacer para agradar á Dios. Al contrario el que tiene muger anda afanado en las cosas del mundo, y en como ha de agradar á la muger, y se halla dividido. Y la muger sol-

tera y la vírgen; piensan en las cosas de Dios para ser santas en el cuerpo y en el espíritu en nuestro Señor Jesucristo.

El Evangelio es del capítulo XIII de San Mateo (pág. 269).

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos esta parábola: Es semejante el reino de los cielos á un tesoro escondido &c.

MEDITACION.

Sobre el buen empleo del tiempo.

Considera que el tiempo es precioso, y cada uno de los momentos vale una eternidad; es breve porque solo dura la vida; es irremediable, porque ya no vuelve jamas. Corren los años y desaparecen con la velocidad del viento que ahora sopla en nuestro rostro y un momento después está muy lejos de nosotros: corren los años; se acerca la muerte; se presenta la eternidad; el juicio está sobre nosotros. Sabemos esto bien: conocemos la importancia de emplear bien este tiempo para proporcionarnos la bienaventuranza de una eternidad que nunca acaba; pero á pesar de eso lo malgastamos como si nada valiese, y lo dejamos ir inútilmente como si hubiese de volver; ¡ah, que aun sola la lentitud en el obrar es ya daño crecido, porque el tiempo no camina al mismo paso, sino que viene y desaparece en el mismo acto!

Considera que la cortedad del tiempo y la velocidad con que camina, en vez de excusarnos el cargo que Dios nos hará por su mal empleo, ántes debe aumentarlo, porque si fuese dilatado y estuviere en nuestra mano su duracion, podríamos decir, aunque neciamente, que confiábamos en su larga duracion para hacer el negocio de nuestra salud; pero cuando no es así, y que sabemos á no poderlo dudar que no contamos mas que con el instante presente, ¿qué excusa podremos tener del desperdicio que hagamos de este tiempo limitado y fugaz? Aunque si el negocio que en él tenemos de hacer fuese de tan poca importancia como los bienes terrenos, podríamos decir que el poco interes que habia en perderlo ó lograrlo nos excusaba suficientemente de no poner en él toda la solicitud moralmente posible; pero cuando no es así, sino que nos interesa tanto como la salvacion eterna de nuestra alma, ¿habrá excusa bastante á sincerar,

nos de la lastimosa pérdida que hacemos? Finalmente, ni este negocio fuese de tal calidad, que aunque importante y arduo, pudiese desempeñarse en breve espacio, alguna excusa podríamos tener de nuestro desperdicio; empero no es así, porque la santificación de una alma así como demanda muchas obras de virtud y tales series de actos que puedan engendrarse en ella verdaderos hábitos de virtudes, así demanda tiempo en que esto se efectúe; y este tiempo no puede ser ménos que toda la vida de un hombre; cuánto ménos los cortos momentos que un moribundo dedica á la disposicion de su alma desgraciada!

PETICION Y PROPÓSITOS.

Emplea bien el tiempo que Dios te da, aprovecha estos preciosos momentos para resarcir con una saludable penitencia lo mucho que has perdido de tu vida: ¡ah, este tiempo perdido no volverá jamás! pero á lo ménos prepara el venidero, piensa en tu salvacion, trabaja en ella; mira que el demonio se fatiga por perderte, sabiendo, como dice San Juan, que te queda poco tiempo. ¿Será razon que él trabaje con tanta actividad en arrastrarte á tu perdicion, y que tú no te agites con la misma ó mayor eficacia en frustrarle sus miras y evitar tu ruina? ¡Oh, que sólo un corazon endurecido puede ver con tan fatal indolencia que le arrebatan el reino de los cielos, y lo sumergen en el abismo de su perdicion! ¡Oh Dios, Dios mio, despierata mi alma del letargo funesto en que se encuentra, y haz que trabaje incesantemente en salvarsel!

JACULATORIA.

El tiempo es corto: miéntras lo tenemos, obremos el bien.

LECCION.

Sobre la pasion de Cristo Señor nuestro.

El cuarto artículo del Credo se contrae á la pasion y muerte de Cristo: dice así: *Padeció bajo del poder de Poncio Pilato: fué cru-*

cificado, muerto y sepultado. De él nos ocuparemos en esta y las siguientes lecciones, procurando compendiar cuanto nos sea posible un asunto para cuya debida explanacion no hay, ni ha habido, ni habrá ingenios y plumas bastantes en lo criado. La pasion del Hombre Dios para reparar al puro hombre, vencer al príncipe de las tinieblas, y con uno y otro glorificar á Dios, es sin disputa la empresa mas sublime, la obra mas asombrosa, y por consiguiente el asunto mas elevado, que ofreciéndose al ingenio humano, lo hace palpar su insuficiencia, y que apele á las luces del Divino Espiritu, que son las únicas que pueden expresarlo. Los sagrados evangelistas se contentan con referirlo simplemente, dejando á la contemplacion lo que no puede explicarse con palabras. Los padres de la Iglesia y los místicos agotan las expresiones y frases mas valientes de los mas ricos idiomas para expresar sus conceptos; pero el vacío que aun queda hace conocer desde luego su desproporcion: los siglos corren, los volúmenes se aumentan, y el inefable asunto aun queda intacto. ¡Ah! que no es dado al misero mortal correr el velo del divino arcano! Contentémonos, pues, con ir asentando lo que la humildad consideracion alumbrada de la fe ha podido alcanzar; pero para proceder con orden, procuraremos ante todas cosas hablar algo acerca de la necesidad, conveniencia y acerbidad de la pasion de Cristo.

La pasion de Cristo puede decirse no necesaria absolutamente; pero sí para la redencion del hombre, conforme á la distincion que de la necesidad insinuamos al tratar de la de la Encarnacion. Si se trata de una necesidad simple y absolutamente tal, que es aquella que se da cuando omitido el medio es imposible conseguir el fin, decimos que la pasion de Cristo no fué necesaria; porque Dios, para quien nada justo y ordenado es imposible, podia de otro modo salvar al hombre. Pero si se trata de una necesidad respectiva, esto es, supuesta la voluntad de Dios de ser satisfecho con ella, y que de otro modo no se salvara el género humano, decimos que la pasion de Cristo fué necesaria, y en el hecho lo fué, porque realmente habia Dios decretado que Cristo padeciera, y que sin su pasion no se salvara el hombre.

Esto supuesto, ocurren varias y sólidas razones que persuaden la grande conveniencia de que Cristo padeciese para librar al linage humano. Estas razones fluyen de este argumento: tanto es algun modo mas conveniente para conseguir un fin cuanto por él concurren muchos medios que convienen al fin. Por la pasion de Cristo, fuera de la

libertad que logramos del demonio y de la culpa, conseguimos muchos otros bienes que nos facilitan la consecucion de nuestro último fin; porque, primeramente, esta muestra inconcebible del amor de Dios nos lo hace conocer mejor y nos excita á amarlo cuanto podamos; y consintiendo en el pleno y perfecto amor de caridad nuestra perfeccion la logramos. En segundo lugar, por la pasion de Cristo se nos dan ejemplos eminentísimos de obediencia, humildad, constancia, justicia y otras virtudes que en ella resplandecan y que son necesarias para nuestra salud espiritual. Por ella, fuera de esto, conocemos la necesidad de conservarnos libres del pecado cuando nos vemos redimidos de él á tanto precio como la sangre de Cristo. Cede además en mayor dignidad del hombre, al ver que la muerte que mereció es superada por el Hombre Dios, es decir, que Cristo hizo gloriosa y feliz la muerte que el hombre mereció ignominiosa y funesta. Luego es preciso confesar que la pasion de Cristo fué convenientísima, especialmente por lo que sufrió en la cruz, pues en ella la ignominia y el dolor llegaron á lo sumo, y por consiguiente fué mas grande y perfecto el ejemplo de su fortaleza.

Acerca de esto no podemos ménos que advertir otra conveniencia que nos insinúa la Iglesia misma. Ella dice que Cristo fué crucificado, para que el demonio que en el leño habia vencido, fuese vencido en el leño. En efecto el fruto del árbol vedado trajo la muerte del hombre y lo sujetó á Satanás; pero Cristo, fruto del árbol de la cruz, da la vida al hombre y lo libera de la bestia infernal. Basten estas reflexiones acerca de la necesidad y conveniencia, porque no podemos extendernos mas, y tratemos ya acerca de la acerbidad de la pasion de Cristo.

Para la inteligencia de esto es menester estar en la de que Cristo Señor nuestro tomó todas las disposiciones de alma y cuerpo que pudieran causarle ó aumentarle la pena; porque habiéndose hecho hombre mortal y pasible para padecer y morir por el hombre, era de necesidad que en su alma y en su cuerpo hubiera aquellas disposiciones sin las cuales, ni las cosas morales ni las físicas le habrian inferido pena alguna. Así es que en el alma de Cristo hubo tristeza, temor y otras pasiones, nunca desordenadas ni susceptibles de desorden, como las del hombre; pero sí con la accion que á cada una es propia para afectar, aunque ordenadamente al alma y al corazon, y de este modo hacerlos padecer. Así tambien hubo en Cristo dolor sensible, porque su alma tuvo todas las potencias naturales, y su

cuerpo era pasible y mortal; y por tanto podia ser herido y molestado, no padeciendo solo el cuerpo sino aun el alma por la lesion del cuerpo; porque como el alma es forma del cuerpo, es consiguiente que perturbado el cuerpo por alguna pasion corporea, necesariamente se perturba el alma, aunque accidentalmente.

Bajo de este supuesto podemos considerar la grandeza del dolor de Cristo por la disposicion del alma y del cuerpo. Porque, en cuanto al cuerpo, Cristo estaba complexionado de un modo perfectísimo, como que su cuerpo fué formado milagrosamente por virtud del Espíritu Santo, y por lo mismo fué en él vivísimo el sentido del tacto, de cuya percepcion se sigue el dolor. En cuanto al alma, fué tambien éste sumo; porque ella, segun sus fuerzas interiores, sintió eficazmente todas las causas de la tristeza y desconsuelo.

Mas esta tristeza y este dolor, es menester que lo contemplemos en toda su pureza, intensidad y extension; quiere decir, que en Cristo se halla sin lenitivo alguno, ni cosa que pudiera enervarlos en lo mas mínimo, y segun todas las causas materiales que los producian y todos los objetos que abrazaban: lo que no sucede en otros pacientes, pues ó se les mitiga por alguna consideracion de cosa que pueda consolarles, ó el entorpecimiento que proviene de los mismos dolores, enerva su agudeza, ó la sensacion ó el acto subsecuente, disipa al que ha pasado; y que finalmente, no pueden padecer todos junta y distintamente á un tiempo. Mas en Cristo no es así; porque como quiera que se entrega voluntariamente á aquella pasion y dolor por librarnos del pecado, toma ó percibe tanta cantidad de dolor, cuanta es proporcionada á la magnitud del fruto que de allí se seguia; y así es que no aparta su mente ni su imaginacion de la consideracion de aquellas cosas que podian causarle tristeza; mas ántes las considera todas con atencion, y deja obrar junta y distintamente á cada uno de los tormentos, y obrar y padecer á cada una de las fuerzas lo que les es propio; de tal modo que un acto no impidiera otro. ¡Oh acerbidad de pasion! Pero aun hay mas.

Cristo padece de parte de todo género de hombres; padece en todo bien humano, en todos sus miembros, en todos los sentidos de su cuerpo. Lo atormentan y persiguen gentiles y judíos, hombres y mugeres, y lo que es aun mas sensible, sus amigos, sus beneficiados, sus discípulos. Padece en todo bien humano, en la amistad, porque sus amigos lo abandonan; en su fama, por las blasfemias que

contra él se profieren; en su honor y gloria, por las irrisiones y las befas que le hacen; en sus cosas, por el despojo de sus vestiduras, que era cuanto poesia; en el alma, por la tristeza, el tedio y el temor; en el cuerpo, por las heridas y azotes, por los clavos en las manos y piés, por las espinas en la cabeza, por las salibas y bofetadas en el rostro. Padece segun todos los sentidos; segun el tacto, herido con los clavos y azotes; segun el gusto por la hiel y vinagre; segun el olfato, por el lugar fétido de cadáveres en que es crucificado; segun el oído, por las blasfemias é irrisiones que escucha; segun la vista por cuanto le rodea; pero especialmente por la de los objetos, que aunque en diverso grado, le son muy caros, su Madre y su discípulo Juan, que al pié de la cruz lloran y con su llanto aumentan la amargura que padece. Debe por todo decirse, que si se consideran juntas todas las causas del dolor de Cristo, su dolor fué intensivamente mayor que todos los dolores de la vida presente; porque fuera de todas las causas que hemos apuntado, vemos su alma atormentada de un modo incomprensible con la consideracion de todos los pecados de los hombres, que, como nuestro fiador, tomó sobre sí para satisfacer por nosotros; y su sensibilidad, toda afectada por la aprehension viva de la muerte corporal que realmente va á sufrir y que naturalmente es horrible á la humana naturaleza.

◆◆◆◆◆

DIA CATORCE.

San Valentín, presbítero y mártir.

LA excesiva caridad con los cristianos, y el celo ardiente por la conversion de los infieles, dieron á conocer en Roma en tiempo de Claudio II á nuestro ilustre mártir por el año de 270. La caridad que ejercitaba con los cristianos, su carácter amable y su exterior compuesto y moderado, hacen que todos lo apreciaran, eyearan con agrado su doctrina, y aun se convirtieran á ella.

Los enemigos del cristianismo, considerando que en Valentín tenían un contrario muy poderoso, lo denunciaron al emperador Claudio como el enemigo mas fuerte de los dioses del imperio. Este emperador mandó llamarlo y lo recibió con sumo agrado, manifestó

do que no podia ménos que respetar su virtud y admirar su talento. Le preguntó por qué no queria ser su amigo y por qué queria profesar una religion proscrita en el imperio. El Santo contestó sin turbarse, que si él llegara á conocer algun dia al Dios á quien él adoraba, se tendria por dichoso y detestaria el falso culto que tributaba á las deidades del pagatismo. Dijo despues que los dioses del imperio habian sido unos hombres malvados á quienes se les atribuian las mayores infamias y la mas desenfrenada disolucion.

Al oirse estas palabras, se suscitó un murmullo entre los concurrentes que pedia que se castigara; pero el emperador proeuró hablar con él á solas para que lo instruyera en los misterios de la religion, y el Santo le dijo que si queria ser feliz, que su imperio floreciera, que sus enemigos fueran destruidos, y asegurarse de una felicidad eterna, que creyera en Jesucristo y recibiera el bautismo, pues que así como no hay otro Dios que el Dios de los cristianos; así del mismo modo no hay salvacion fuera de la religion cristiana. La gracia comenzaba á producir sus efectos en el alma de Claudio; pero el miedo de perder el trono, le hizo sofocar estos impulsos, y encargó la causa de nuestro Santo al prefecto Calpurneo.

Este no quiso juzgarlo por sí mismo, y lo encargó á Astereo. Como este habia sido testigo de la conferencia con el emperador, creyó hacerle un servicio disuadiendo á Valentín, y para hablar con él con mas libertad, lo llevó á su casa. Al entrar Valentín, rogó á Dios fervorosamente que sacara de las tinieblas del error á los habitantes de aquella morada. Astereo le dijo que si Jesucristo le restituía la vista á una hija á quien amaba tiernamente, que hacia muchos años que estaba ciega, se hacia cristiano con toda su familia. Valentín entónces con una ciega confianza en Dios, le rogó que pues se habia dignado concederle la vista á un ciego de nacimiento, se dignase concedérsela á aquella pobre doncella; y al momento la recobró la tierna niña. Todos se arrojaron á los piés de Valentín y le pidieron con ansia el bautismo. No pudo estar oculto por mucho tiempo este suceso, y aunque el emperador deseaba salvarlo, el pueblo se le oponia, y así mandó á los jueces que lo sentenciaran. Despues de haber estado un dia en la cárcel, lleno de prisiones y sufriendo los mas crueles tratamientos, fué degollado fuera de la ciudad en la Via flaminia, en 14 de Febrero del año de 270.

La Epístola es del capítulo X del libro de la Sabiduría (pág. 116).
El Señor condujo por caminos seguros al justo, &c.

El Evangelio es del capítulo X de San Mateo.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: No tenéis que pensar que yo haya venido á traer la paz á la tierra: no he venido á traer la paz sino la guerra; pues he venido á separar al hijo de su padre; á la hija de su madre, y á la nuera de su suegra: y los enemigos del hombre serán las personas de su misma casa. Quien ama al padre ó á la madre mas que á mí no merece ser mio, y quien ama al hijo ó á la hija mas que á mí tampoco merece ser mio; y quien no carga con su cruz y me sigue no es digno de mí. Quien conserva su vida la perderá; y quien perdiere su vida por amor mio, la volverá á hallar. Quien á vosotros recibe, á mí me recibe; y quien á mí me recibe, recibe á aquel que me ha enviado á mí. El que hospeda á un profeta en atención á que es profeta, recibirá premio de profeta; y el que hospeda á un justo en atención que es justo, tendrá galardón de justo; y cualquiera que diere de beber á uno de estos pequeños un vaso de agua fresca solamente por razon de ser discípulo mio, os doy mi palabra que no perderá su recompensa.

MEDITACION.

Sobre los daños que causa la avaricia.

Considera que las riquezas falaces de esta vida sufocan la semilla de Dios. El deseo de tenerlas, la solicitud en buscarlas, la congoja en conservarlas, el temor de perderlas, el dolor de haberlas perdido, son espinas que impiden que la semilla divina nazca, crezca y fructifique en nosotros; porque ¿cómo puede tener fé un avaro si tiene sentimientos contrarios al Evangelio? Jesucristo declara bienaventurados á los pobres, y el avaro los cree miserables. Jesucristo declara miserables á los ricos, y el avaro los juzga felices: si él tuviese por felices á los pobres, ¿cómo no querría ser él tambien pobre? Si juzgase miserables á los ricos, ¿cómo podria querer las riquezas del mundo? ¡Ah! que la fé combate á la pasion de la avaricia, y la pasion de la avaricia hace guerra contra la fé; de aquí es, que el que quiera conservar la fé en su corazon, debe renunciar la sordida avaricia.

Considera que si la avaricia ataca el fundamento de la fé, no ménos combate contra la esperanza: el avaro no espera los bienes de la otra vida; porque ¿quién puede esperar lo que desprecia de tal modo que lo pospone á los bienes terrenos? Si estimase las verdaderas riquezas que están en el cielo, ¿no se afanaria por adquirirlas? Es así que no lo hace, al mismo tiempo que vemos que se agita sin cesar en acumular riquezas; luego nos dá á entender que estima en ménos la posesion de todo un Dios, que sus miserables tesoros; y que por consiguiente no espera los bienes eternos. ¡Oh ceguedad, ó desgracia, ó daño irremparable el que causa la avaricia en una alma criada para el Sumo bien que solo puede llenarla! ¡Oh necio, y estúpidamente necio, quien se condena por unos bienes que solo tienen de bienes el nombre, y jamas ha de gozar! ¿Qué gana en acumular tantas riquezas, sino cuidados, tormentos, aflixiones, por lo que indispensablemente ha de dejar en la puerta de la muerte, no llevando consigo mas que el rescripto fatal de su condenacion por estos bienes?

PETICION Y PROPÓSITOS.

Seámos nosotros cuerdos, y despreciemos esa poca de tierra que el avaro estima en mas que su alma. ¿Qué es el oro, qué son las piedras preciosas sino una vil materia, destinada á servirnos, y no á que la sirvamos, ni mucho ménos á que le sacrifiquemos nuestras almas! Si todo el mundo fuese aun mucho mas precioso de lo que es para estimacion de los hombres, todo el mundo debíamos despreciar; porque nosotros somos unos espíritus sublimes, unas inteligencias capaces de la bienaventuranza y destinadas á la fruicion del Sumo bien. Haz, ó Dios, que yo conozca la dignidad de mi alma, y que obre segun ella.

JACULATORIA.

Señor, ó Señor, mi único tesoro, mi única recompensa.

LECCION.

Continúa la materia sobre la pasion de Cristo.

Si nuestra mente, llevada de una fuerza irresistible á los tiempos de Isaías, quiere observar con él ocho siglos ántes este asombroso evento, este caso estupendo, esta divina catástrofe, él con vision pro-

fética descubre al Redentor de los siglos con las vestiduras cubiertas de sangre y á los ángeles, según interpreta San Gerónimo, que admirados preguntan: *¿Quién es este que viene de Edon con tendidas vestiduras de Bosra? ¿Este hermoso en su ropaje que se avanza en la multitud de su fortaleza?* Mas el divino Campeon responde: *Yo soy el que en mis palabras profiero la justicia y el defensor que sostengo la lid para salvar á mi pueblo.* Pero apartémonos esta vision profética, cuyo glorioso cumplimiento atónito el mundo ha visto en el triunfo de Cristo por la cruz, y que solo hemos presentado para hacer ver á los enemigos declarados y á los cobardes cristianos, que si su Rey padece, no padece por debilidad; pues él es el que *camina y se avanza en la multitud de su fortaleza*: ni padece por iniquidad ó criminalidad; pues él es el que *en sus palabras profiere la justicia*; sino porque generalmente se ha constituido *defensor que pelea para salvar*, esto es, un verdadero libertador de su pueblo.

Apartemos, pues, una vision que mas nos recuerda las glorias de la pasion que la pasion misma, y pongamos ante los ojos de nuestra consideracion la que ántes habia escrito el mismo profeta al capítulo LIII, y que nos da una idea del asombroso extremo de abatimiento ó ignominia á que voluntariamente se redujo el Salvador en su amarguísima pasion. El profeta lo ve como una vara silvestre y como una raiz que sube de la tierra seca y árida. *No tiene forma*, dice; esto es, *casi no tiene figura de hombre ni hermosura, y lo vimos, y no se distinguía el rostro.* He aquí un hombre verdaderamente despreciado, y el último de los hombres, un caron de dolores que sabe bien lo que se padece; *su rostro está como escondido y despreciado . . . Verdaderamente tomó él nuestras enfermedades*, esto es, se hizo responsable de nuestros pecados, y *tomó sobre sí nuestros dolores*; es decir, el padeció la pena que nosotros merecíamos, y en tanto exceso, que *nosotros lo hemos tenido ó reputado como un leproso y herido y humillado por Dios.*

Tal es el vaticinio de las humillaciones y padecimientos de Cristo Señor nuestro, que en su sacrosanta humildad tuvo pleno y puntual cumplimiento, así como todos los pasos y circunstancias tan detalladamente predichas por sus profetas, que mas parecen una historia de lo acaecido, que un anuncio de lo que habia de suceder muchos siglos despues: disposicion divina, con que se hizo inexcusable la incredulidad del pueblo judío, que tenia, leia y respetaba

estas mismas Escrituras; pero que cegándose voluntariamente por su iniquidad para no entenderlas, las cumplió en la parte que á él se referian, para su reprobacion; no de otro modo que lo que está acaeciendo con los impíos de nuestros dias, por quienes tambien se cumplen otras predicciones para su perdicion. Pero volvamos á tomar el hilo. Una de las profecias mas claras es la que se contrae á la entrega del Salvador por el traidor Júdas: esta se halla anunciada por David en los Salmos 40, 68 y 108, y por Zacarías en el capítulo XI, y en cuanto á la ignominia que sufre el Salvador, corresponde bien al concepto de Isaías que ántes asentamos. El vil ajuste de la entrega por treinta dineros, y la devolucion de ellos por Júdas, movido de su arrepentimiento infructuoso, se expresa en Zacarías, y lo demas del caso en los Salmos dichos: en ellos se manifiesta el íntimo dolor de Cristo por la traicion de aquel discipulo: *El hombre, dice, con quien llevé tanta paz y armonía, en quien habia puesto mi confianza, que se alimentaba con el pan de mi mesa, este es puntualmente el que tan gran traicion hace conmigo.* Mas esta la logra aquel traidor, no por ignorancia ó falta de poder en Jesucristo; sino porque su Magestad *se ofreció porque quiso*, como lo anunció Isaías. Bien se deja ver, lo primero, en las palabras que dirigió al mismo Júdas, cuando diciendo á sus discipulos que uno de ellos lo habia de entregar, le pregunta el traidor, como refiere San Mateo: *¿Acaso soy yo, Maestro? Tú lo has dicho*, le responde el Señor. Déjase tambien ver lo segundo en las palabras que el Señor le dice, y refiere San Juan: *Lo que estás disponiendo hazlo pronto*: palabras con que se manifiesta, que sin su permission no hubiera conseguido su intento el traidor Júdas.

Lo mismo acaece á los soldados que van á ejecutar la prision en el Huerto; la sola voz soberana de Cristo da con ellos en tierra; y si se levantan y le ligan con sacrílegas manos, es porque entre ellas se les pone voluntariamente, llevado de su amor al hombre, por quien no rehusa padecer y morir. Mas no es posible, ni de nuestro instituto describir en estas lecciones circunstanciadamente la pasion del Señor. Contraigámonos por tanto á los tormentos de los azotes y coronacion de espinas.

El primero se declara con términos expresos por los santos evangelistas Mateo, Marcos y Juan, y se insinúa lo bastante por San Lucas. La crueldad con que fué ejecutado, y el horroroso extrago que causó en el delicadísimo y sensibilísimo cuerpo de Cristo, se

entiende bien por las vivas expresiones de los profetas, y por las revelaciones hechas á algunos santos, fuera del respetabilísimo sentir común y universal, que es muy conforme á lo que sabemos acerca del desconcierto é injusticia con que se procedió contra Cristo, no solo por parte de los inicuos jueces, sino aun por los soldados y criados que hicieron de él asunto de burlas é irrisiones, y objeto de su crueldad y saña. Se ignora sin embargo el número de azotes determinado por Pilato, y el que de hecho le hicieron sufrir los verdugos, así como la clase de azote con que hirieron al Señor, esto es, si con varas, cordeles ó correas, porque todo esto puede significar el término de que usan los Evangelistas; solo sí que fué ejecutado, no como se prevenia en la ley, sino estando el Salvador ligado á la columna. Así lo refieren San Gregorio Nacienceno, San Gerónimo, San Paulino, el venerable Beda, y San Gregorio Turonense; y la columna se ve en Roma en el templo de Santa Praxedis. Algunos sienten que el Señor sufrió dos veces el tormento de los azotes, fundados en que por fórmula del juicio romano se ejecutaba con los que iban á ser crucificados; pero los Evangelistas no lo refieren, y no es creíble lo hubiesen omitido si se hubiera así verificado.

En cuanto á la corona de espinas con que atormentaron la sagra-
da cabeza del Salvador cuando le trataron como rey de burlas, era
sentencia común, fundada en varias razones de congruencia, haber
sido tejida de zarzas ó abrojos; pero siendo de juncos marinos la
que rescató á gran precio de poder de los bárbaros San Luis, rey de
Francia, y que se venera en Paris como la verdadera corona de
Cristo, debe mudarse aquella sentencia y atenernos á lo que el he-
cho manifiesta.



DIA QUINCE.

Santos Faustino y Jovita, mártires.

Los Santos hermanos Faustino y Jovita, nacieron en Brescia, ciudad de Lombardia, de una familia noble y probablemente cristiana. Desde niños manifestaron su amor y zelo por la religion y el espíritu que los animaba en predicarla, su amor al retiro y á las prácticas de piedad, y su aversion á los placeres mundanos. Esta conducta irreprochable los hacia venerables á los mismos gentiles, y muy



Santos Faustino y Jovita Mártires.



Santa Juliana Virgen y Mártir.



S Onasimo Obispo.



S Eudale anciano y Mártir.

apreciables á los fieles, principalmente á su obispo Apolonio que, por miedo de la persecucion que sufría la Iglesia, se hallaba oculto en un lugar seguro, libre de las asechanzas de sus enemigos.

Este virtuoso prelado, reconociendo tanta virtud y zelo en estos dos hermanos, y sus excelentes disposiciones para ministros del altar, ordenó á Faustino de presbítero y á Jovita de diácono; los cuales redoblando sus esfuerzos, con la gracia del sacramento, en la propagacion del reino de Cristo; se dedicaron con tanto empeño en convertir á los infieles, que en Brescia eran ya muy pocos los que no habian abierto los ojos á la luz del Evangelio, y los efectos de su predicacion no se limitaron únicamente á los habitantes de aquella ciudad, sino se extendieron á otros muchos que de las inmediaciones ocurrían á oír su doctrina, guiados de la fama de su santidad y milagros.

Un personaje de la ciudad llamado segun unos Juliano, ó el conde Itálico, como otros creen, dió aviso al emperador Adriano que entónces ocupaba el trono de Roma, de los progresos que el cristianismo hacia en Brescia por medio de nuestros Santos, los mayores enemigos de los dioses del imperio, procurando intimidarlo haciéndole concebir peligros que no existían, y comprometiéndolo á que lo comisionara para formarles causa y castigarlos. Así lo consiguió este hombre cruel y supersticioso, y revestido con todo el poder imperial hizo prender á los dos ilustres hermanos, previniéndoles sacrificasen á los ídolos ó se preparasen á sufrir los mas terribles tormentos. Una resuelta negativa y la gloriosa confesion de la fé de Cristo, fué toda la contestacion que los Santos dieron á estas amenazas; mas el juez no pasó á realizarlas, por cuanto el emperador se hallaba próximo á llegar á esta ciudad, y quiso diferir para entónces su martirio.

Llegado Adriano á Brescia ordenó que Faustino y Jovita asistiesen con él al templo del sol, para que allí sacrificasen acompañados de él á los ídolos. Hizo al efecto conducirlos á este lugar; mas luego que los Santos se presentaron se puso negra la estatua de Apolo que era de oro muy bien bruñido. Este hecho sobresaltó al emperador; pero atribuyólo supersticiosamente á la magia que suponía en los cristianos, y su indignacion llegó al colmo, cuando vió derribarse á sus pies convertida en polvo aquella imágen que él veneraba por su dios. Mandó al momento fuesen arrojados los dos hermanos á las fieras, y una nueva maravilla vino á acabar de confun-

dirlo: aquellos feroces animales en vez de embestirlos y saciar en sus cuerpos su rabiosa hambre, los acariciaron y halagaron. En vista de esto ya no quiso el emperador por entonces hacer otra prueba y se resolvió á llevarlos consigo en el viage que emprendió por toda la Italia, para ver si los disuadia de su creencia. Estuvieron en Roma, en Milan y en Nápoles, y tanto en estos lugares como en todos los sitios por donde pasaron, convertian á una multitud de infieles, sin que fueran bastantes á contenerlos los repetidos tormentos que les hacian sufrir. Volvieron á su pais natal, y fueron degollados por órden del mismo emperador en el año de 121 ó 122 de la era cristiana. La ciudad de Brescia la tiene por patronos, y es la depositaria de sus reliquias.

La Epistola es del capítulo X de la del Apóstol San Pablo á los hebreos.

Hermanos: Traed á la memoria aquellos primeros dias, cuando despues de haber sido iluminados, sufristeis un gran combate de persecuciones: por un lado habiendo servido de espectáculo al mundo; y por otro tomando parte en las penas de los que sufrían semejantes iniquidades. Porque os compadecisteis de los que estaban entre cadenas y llevásteis con alegría la rapiña de vuestros bienes, considerando que teniais un patrimonio mas excelente y duradero. No querais, pues, malograr vuestra confianza, la cual recibirá un grande galardón; porque es necesaria la ciencia para que, siendo la voluntad de Dios, obtengais lo que os está prometido. Pues dentro de un brevísimo tiempo vendrá aquel que ha de venir, y no tardará. Entre tanto, el justo mio vivirá por la fé.

El Evangelio es del capítulo XXIV de San Mateo.

En aquel tiempo: Estando Jesus sentado en el monte del Olivar, se llegaron á él sus discípulos y le preguntaron en secreto: Dinos, cuándo sucederán esas cosas, y cuál será la señal de tu venida y del fin del mundo? A lo que Jesus les respondió: Mirad que nadie os engañe. Porque muchos han de venir en mi nombre, diciendo: Yo soy el Cristo; y seducirán á mucha gente. Oiréis asimismo noticias de batallas y rumores de guerras: no hay que turbaros por eso; que si bien han de preceder estas cosas, no es este el término. Es verdad que se armará nacion contra nacion y un reino contra otro reino; y habrá pestes, y hambres, y terremotos en varios lugares; empero todo esto no es mas que el principio de los males. En aquel

tiempo sereis entregados para ser puestos en los tormentos, y os darán la muerte, y seréis aborrecidos de todas las gentes por causa de mi nombre. Con lo que muchos padecerán entónces escándalo y se harán traicion unos á otros, y se odiarán recíprocamente. Y aparecerán un gran número de falsos profetas que pervertirán á mucha gente. Y por la inundacion de los vicios se resfriará la caridad de muchos; mas el que perseveraré hasta el fin, ese se salvará.

MEDITACION.

Sobre la disposicion para la muerte.

Considera que es de absoluta necesidad disponerse para morir, porque los años pasan, el tiempo corre y la terrible eternidad no dista de nosotros mas que el momento espantoso en que la muerte corte el hilo de nuestros dias y nos adjudique á aquel órden invariable, en que la suerte que nos toque ha de hacernos eternamente felices con Dios, ó eternamente desgraciados en el infierno. Acaso el mucho tiempo que hemos vivido, y el ver que aun no morimos, nos hace confiar en que tendremos todavia años enteros de vida, que nos presten la oportunidad de disponernos para morir; mas esta es una ilusion; pues el haber vivido no prueba que ahora háyamos de vivir, y si ahora tenemos un instante de vida, no podemos contar con el siguiente. Muchos se prometian llegar al dia presente, y se han quedado en el camino: lo mismo puede sucedernos á nosotros con el dia venidero, á cuya luz nos robará tal vez la losa del sepulcro. ¿Qué hacemos, pues, que no nos disponemos para un trance tan inevitable, que sabemos de positivo ha de llegar y no sabemos cuándo? ¿Para un trance de que depende toda una eternidad feliz ó desgraciada, segun la disposicion en que nos coja? Ea, no perdamos tiempo.

Consideremos que esta disposicion para morir es tanto mas necesaria, cuanto en nuestra vida pasada hemos desatendido de todo punto el importante negocio de nuestra salvacion, y dádonos á una serie de desórdenes, que así como han trastornado nuestra razon llenándola de tinieblas, han engendrado en nosotros vicios y costumbres tales, que con la mayor facilidad producen nuevos pecados, de mayor gravedad por la reincidencia, y de mas fatales consecuencias por la impenitencia final á que inducen. Si no tratamos seriamente de tomar nuestras medidas para evitar una muerte desgraciada, y

proporcionarnos aquella que es preciosa en los ojos del Señor, ¿qué será de nosotros? Llegará el día en que se nos avise que la muerte está sobre nosotros y que nos amaga ya con el golpe fatal. ¡Y qué harémos entónces!... La conciencia cargada de pecados, las pasiones sorprendidas en lo mas acalorado de sus empresas, los vicios en la mitad de su carrera, las fuerzas morales y físicas sin accion y casi al extinguirse, las deudas sin pagarse, los perjuicios sin repararse, la fama y el honor sin restituirse, la ocasion sin quitarse, los negocios embrollados, la hacienda intrincada, la mente oscurecida, el corazon angustiado: tal será nuestra situacion, y tal ha sido la de mil y mil hombres abandonados que han desechado de sí el pensamiento de la muerte por no contristarse, y por no dar paso á una disposicion que ya no tiene lugar á las puertas de la muerte, y que hecha en tiempo les habria asegurado su salvacion eterna.

PETICION Y PROPÓSITOS.

Confieso, Dios mio, que el comenzar desde ahora mi disposicion para morir, es de absoluta necesidad. Vos sabeis el estado de mi conciencia, y registráis hasta el último seno de mi corazon: la una y el otro me están diciendo que no he puesto ni aun la primera base de este edificio, y que si hoy muriese, ciertamente seria desprevenida mi muerte. Tocado de este convencimiento, y convencido tambien de que no tengo excusa en vuestra presencia, para no disponerme desde luego á morir bien, me resuelvo á trabajar desde este instante, con el auxilio de vuestra divina gracia, en la reforma de mi vida, arreglo de mis negocios y preparacion de mi espíritu. Confortadme en esta resolucion y continuadme vuestra gracia, para que así como comienzo, perfeccione esta obra.

JACULATORIA.

Dije: ahora empiezo: yo veo en mí una mudanza que es obra de vuestra diestra soberana.

LECCION.

Continúa la pasion de Jesus.

Despues de haber sido Jesus azotado y coronado de espinas, lo presentó Pilato al pueblo para ver si con eso quedaba satisfecha su rabia. *Salió pues, Jesus*, dice el evangelista San Juan, *con una co-*

rona de espinas, y una vestidura de púrpura, y díjoles Pilato: Ved aquí al hombre. Buscaba Pilato un medio con que poder libertar la vida de Jesucristo, de cuya inocencia estaba muy bien persuadido; pues habiéndole examinado escrupulosamente á su satisfaccion, y lo mismo á sus acusadores, habia dicho: "No encuentro causa en este hombre." Le pareció por tanto, que el espectáculo de Jesus azotado, coronado de espinas, cubierto de sangre y hecho todo su cuerpo una viva llaga, deberia moverlos á compasion. ¿Quién no esperaria que el pueblo hebreo se conmoviera á la presencia de Jesucristo en aquella situacion tan lamentable? Pero no fué así: ese mismo pueblo que ántes habia admirado las virtudes y obras portentosas del Salvador, grita: *Crucificalo, crucificalo.* Escarmentemos con este ejemplo, y temamos que cuando llegue á obsecarnos la culpa, ni las virtudes, ni los beneficios, ni aun la misma preseencia de Jesus cubierto de heridas por nuestro amor nos arrancarán del pecado; ántes miéntras mas cometamos, mas y mayores queremos cometer todavia.

Pilato exasperado, segun se expresa un místico, porque su tentativa habia sido infructuosa, les dijo: *Tomadlo allá vosotros y crucificalo.* Ya habia Pilato ántes procurado evadirse de juzgar á Jesus, pues cuando se lo presentaron al efecto, les dijo: *Tomadlo allá vosotros y juzgadlo segun vuestra ley:* mas los judíos respondieron: *No es lícito á nosotros matar alguno.* Despues á la segunda demision que Pilato intentaba hacer de Jesus y de su causa, diciéndoles: *Tomadlo allá vosotros, y crucificalo,* contestaron: *Nosotros tenemos ley, y segun la ley debe morir, porque se hizo Hijo de Dios.* Varias son las opiniones de los intérpretes acerca de esta primera respuesta de los judíos: *No es lícito matar alguno,* las cuales refiere y explica Santo Tomas con su acostumbrada solidez. Inmediatamente se opone á ese aserto de los judíos lo que estaba mandado en el Exodo: *No permitirás que vivan los hechiceros.* Jesucristo era calumniado por tal entre aquellos, como se ve en varios pasages del Evangelio en que atribuan á Jesus la virtud de hacer milagros por la potestad del demonio; luego no podian decir que no les era lícito matar á alguno. San Agustin dice que lo que quisieron dar á entender, fué, que no les era permitido juzgar en dia festivo, aunque sí en otro cualquiera. San Juan Crisóstomo es de sentir de que como los judíos acusaban á Jesucristo de un delito civil cometido contra la república, y consistia segun ellos, en que trataba de hacerse rey; y

por lo mismo decían: *Todo aquel que se hace rey contradice al César, no podían imponer pena por semejantes delitos, pues se hallaban sujetos á los romanos que los gobernaban en lo civil; aunque les permitían el uso de su religion.*

Esta opinion tiene al parecer en su contra dos objeciones: la primera es, que los judíos no solo acusaban á Jesus de delito civil, sino religioso, porque lo tenían como se ha dicho por hechicero, y además dijeron á Pilato, cuando éste le manifestó que no encontraba causa en Jesucristo: *Nosotros tenemos ley, y según la ley debe morir, porque se hizo Hijo de Dios.* Parece, pues, que este era el principal crimen que trataban de acumular á Jesus; porque según leemos en el Evangelio, cuando Caifás le dijo: *Te conjuro por el Dios vivo, que nos digas, si tú eres el Cristo, el Hijo de Dios,* respondió: *Tú lo has dicho, y aun os digo que vereis desde aquí á poco al Hijo del hombre sentado á la derecha de la virtud de Dios, y venir en las nubes del cielo;* entónces, continúa el sagrado texto, *el príncipe de los sacerdotes rasgó sus vestiduras, y dijo: Ha blasfemado, ¿qué necesidad tenemos ya de testigos? He aquí ahora acabáis de oír la blasfemia: ¿qué os parece?* Y ellos respondiendo, dijeron: *Reo es de muerte.* La segunda objecion consiste en que los judíos apedrearón á San Estevan sin hacer escríptulo de que no podían matar á alguno. A esto contesta el mismo San Juan Crisóstomo que los romanos dejaron á los judíos la facultad de imponer las penas establecidas por su ley. Mas entónces adquiere mayor fuerza la primera objecion.

Para conciliar estas, dicen los intérpretes, que los judíos podían imponer las penas referidas, es decir, las que establecía su ley, como la de apedrear á algun delincuente; mas de ningún modo las otras, y mucho ménos las que estaban en cierto modo reprobadas por la ley misma, como era la de crucificar: pues en el Deuteronomio se lee: *Maldito todo el que está pendiente del leno.* Ahora bien: como los judíos querían que Jesucristo muriese; mas no se contentaban con que muriese, sino que su odio se extendía á que fuera con una muerte infame, cual era la de ser crucificado; no pudiendo ellos imponer esta pena, sin embargo de que les era permitido imponer otras aun de muerte, por lo mismo tuvieron que ocurrir á los romanos para suplir con su autoridad la que les faltaba. De este modo se cumplió lo que Jesucristo había anunciado ántes de su pasion cuando dijo: *Veid que subimos á Jerusalem, y el Hijo del Hombre será*

entregado á los príncipes de los sacerdotes, y á los escribas, y le condenarán á muerte, y le entregarán á los gentiles para que lo escarnezan, y azoten, y crucifiquen.

Entendido ya el texto sagrado, continuemos la narracion. De dos delitos principales acusaban los judíos á Jesus ante Pilato: de que queria hacerse rey ó Hijo de Dios; con el primero procuraban amedrentarlo y obligarlo á que lo condenara: con el segundo le demostraban la pena que debía imponerle, que era de muerte; y aunque la impuesta por la ley de los judíos era la de ser apedreado, ellos pedían que lo mandara crucificar. De suerte que uniendo Pilato los dos delitos, y teniendo uno de ellos pena de muerte, fácil era agregarle la cualidad de que fuese muerte de cruz. Sin embargo, insistían mas en el crimen político, porque conocían que era el que mas habia de mover al juez. Este habia notado en Jesucristo una gravedad, moderacion, prudencia y sabiduría en sus respuestas nada comunes. Además, como gentil no le era difícil creer que un hombre tuviera algo de divino, pues los idólatras adoraban varios semidiosos. Habia tambien conocido que los judíos perseguían á Jesus solamente por odio y envidia; por lo mismo era de temer que el delito de hacerse Hijo de Dios, no hiciera mucha impresion en Pilato, y tal vez lo absolviese. No estaba ménos agitado el corazon de este juez con ideas análogas á estas: de aquí fué que, no habiéndole salido bien las medidas que habia tomado, se encontraba al fin en el caso de absolverlo ó de condenarlo. Volvió á entrar al pretorio ó audiencia, pensativo, y preguntó á Jesus: *¿De donde eres tú?* No deseaba saber cual era su origen como hombre, pues ya estaba bien informado de que era galileo; lo que queria entender era su origen divino, como si le dijera á su modo de entender: *¿A qué deidad perteneces? ¿Qué concepto debo formar de tu divinidad? ¿Quiénes son tus padres celestiales? ¿Has venido del cielo ó de la tierra?* Estas eran las dudas de Pilato, á las que Jesus nada contestó, porque no era necesario; pues si Pilato estaba persuadido de su inocencia, si conocía que el odio y la envidia de los judíos eran el motivo de que estos lo persiguieran, ¿para qué necesitaba mas indagaciones?

Viendo Pilato que nada respondía Jesus, le dijo: *¿A mí no me hablas? ¿No sabes que tengo poder para crucificar, y tengo poder para soltarte?* A lo que Jesus respondió: *No tendrías poder alguno sobre mí, si no te hubiera sido dado de arriba.* Palabras sublimes que no deben borrarse de los corazones de los jueces. Ese

poder de que se jactaba Pilato, tal como él lo entendía, era un poder despótico y tirano; porque el juez no lo tiene para absolver ó condenar á su arbitrio á los acusados. Si estos aparecen reos, no tiene facultad para absolverlos, y si aparecen inocentes, tampoco la tiene para condenarlos. Alguna vez pueden tener los supremos magistrados fundamentos de utilidad comun para dejar impune á un criminal; pero nunca pueden tenerla para condenar á un inocente.

Repetimos que Jesucristo respondió á Pilato: *No tendrías poder sobre mí si no te hubiera sido dado de arriba*, para que reflexionemos que siendo los hombres iguales según la naturaleza, la potestad que tienen unos sobre otros les viene de arriba, ya sea mediata, ya inmediatamente, según sostienen los defensores de ambas opiniones; pero lo cierto es que Dios por medio de su ley, es el que induce la obligación de obedecer á los superiores. Finalmente, contraida esta respuesta á lo particular de la pasión del Señor, declaraba á Pilato, y nos declara á nosotros, que en tanto pudieron los hombres perseguir al Hijo de Dios, juzgarlo, condenarlo á muerte y dársela, en cuanto estaba decretado por Dios que así sucedería; mas en cuanto á la intervención de los hombres, no por una disposición de beneplácito divino que autorizara á los hombres para hacerlo; sino solamente por permission, no impidiendo que obraran las causas segundas é inmediatas. Sin que por esto dejara de ser verdadero decreto; pero decreto en que entraba la permission, para el efecto físico é inmediato de la causa humana ú obra del hombre.

♦♦♦♦♦

DIA DIEZ Y SEIS.

San Onésimo y Santa Juliana, virgen y mártir. (*)

SAN Onésimo era frigio y esclavo de Filemon, sugeto rico y de calidad, de la ciudad de Colosas en Frigia, el cual habia sido convertido por San Pablo. Los progresos que habia hecho en la virtud eran tan grandes, que su casa era como una iglesia, por las buenas obras que allí se practicaban. No obstante, Onésimo, lejos de aprovecharse de los buenos ejemplos de ella, progresaba en los vicios; hasta que despues de haber dado muchos disgustos á su señor, lo

(*) La vida de Santa Juliana irá por suplemento, y así como en sus vidas

robó y se huyó. Habiendo gastado lo que habia adquirido por este medio fraudulento, se dirigió á Roma para buscar nueva fortuna, la que en efecto consiguió felicísima. El apóstol San Pablo habia sido conducido á Roma por haber apelado al César, y estaba como prisionero; pero acompañado del soldado que lo custodiaba, tenia la libertad de andar por la ciudad. Onésimo lo encontró inopinadamente, y no pudo ocultarle lo que le habia pasado. El Apóstol que se hacia todo para todos con el fin de conquistar todo el mundo para Jesucristo, lo recibió con una calidad y ternura verdaderamente paternales; lo instruyó en la doctrina del Evangelio, lo convirtió á la fé y lo bautizó, haciéndolo de este modo, de esclavo, ladrón y fugitivo, siervo fiel de Jesucristo. San Pablo pensó despues tenerle consigo, mas no se determinó á ello sin el consentimiento de Filemon; resolvió, pues, enviarle á Onésimo con una carta en que le pide que conceda á su esclavo el perdon del robo y de la huida.

Filemon recibió á Onésimo con toda la bondad que podia esperarse de un verdadero cristiano; y no contento con perdonarle la falta, le dió libertad y lo envió á Roma para que acompañase á San Pablo. Este se sirvió de él como de un hombre fidelísimo; y el ardoroso zelo con que trabajó en la propagacion del Evangelio, manifiesta que no solo fué su conversion sincera, sino que progresando en las virtudes y trabajando en utilidad de la Iglesia, procuró borrar las feas manchas de su pasada vida. Poco tiempo despues envió el Apóstol á nuestro Santo con Tiquico á que llevase una carta que habia escrito á los fieles de Colosas. Esto es lo único que nos dice la Escritura Santa de la vida de San Onésimo; pero las constituciones apostólicas, que aunque no muy autorizadas no dejan de ser de respetable antigüedad y de contener cosas dignas de crédito, nos dicen que San Pablo lo hizo obispo de Berea en Macedonia; y según estas y lo que hemos encontrado en autores recomendables, creemos que Dios coronó su vida por la gloria del martirio, que los modernos griegos dicen haber sucedido bajo el imperio de Domiciano, hacia el año 95.

La Epistola es del capítulo I de la segunda del Apóstol San Pablo á los corintios (pág. 96).

Hermanos: Bendito sea Dios, &c.

El Evangelio es del capítulo XVI de San Mateo (pág. 97).

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Si alguno &c.